

El drama educativo de un cuerpo negado. Cosa personal

Francisco Javier Jiménez Ríos

Universidad de Granada

1. Ingenuidad

Cada persona vale más que el universo entero. Somos cosa personal. Yo soy mi cuerpo. Mi cuerpo es mi palabra. Me vivo en cuerpo y nombre, cuerpo y libertad. La cosa personal (realidad personal humana), que se muestra en nuestra realidad corpórea, es radicalmente diversa y vale infinitamente más que el resto de las cosas con las que forma sistema aportando la principalidad y el sentido: la cosa en movimiento (animal), la cosa viva (vegetal) y la cosa inerte (mineral). Soy mineral, vegetal, animal, personal, y lo personal transfigura radicalmente y realmente todos los niveles, mostrándome como realidad digna, sujeto de todo respeto.

Nuestro acercamiento a la segunda ponencia, el cuerpo y las cosas, dinamiza vivencias cotidianas que desbordan en las afirmaciones con las que comenzamos, confiriéndoles una sistematicidad que vibra en nuestra entraña como sujeto inmanente en un cuerpo trascendente.

De esta manera se presenta como agradecimiento sensible en la relación que la palabra enriquece en la sed de piel personal en la marcha histórica de una apropiación creativa que nos constituye.

Se indicará también una precisión en relación con el cuerpo-cosa, como cuerpo-carne, trayendo a Ireneo de Lyon y refiriendo escritos cristianos del siglo I, en contraposición con algún olvido en la memoria de nuestra historia cercana.

Así pasaremos por el cuerpo negado en la marcha que dicen cristiana, cuando realmente es gnóstica, y llegaremos a la negación de nombre en cuerpo, de nombre y cuerpo, de la avalancha digital, reclamando con el grito de Foucault por una realidad simbólica.

La persona humana es realidad en su cuerpo. Sin cuerpo no hay educación, no hay realización de la realidad personal humana, cosa personal.

La realidad personal humana es una realidad comunicativa, que se constituye en el

intercambio simbólico de un continuo estar dando-de-sí en la historia. De este modo, la solidaridad se constituye en estructura fontanal y fundante de la realidad humana en el proceso de su realización, y adquiere toda su fuerza histórica en cuanto enraíza en la dimensión trascendente de este proceso de crecimiento personal e histórico, hasta más allá de los límites de la temporalidad. Así, la persona, en su cuerpo y libertad, se constituye en el fundamento dinámico de la reconstrucción de unas relaciones educativas creativas.

Para esta reconstrucción partimos de una comprensión sistémica de la realidad personal humana, en cuya constitución se acentúa el aspecto relacional y comunicativo. La realidad personal es una realidad respectiva, que se realiza en un continuo estar-dando-de-sí en el intercambio simbólico de la apropiación de posibilidades y creación de capacidades en la que se construye la marcha histórica, personal y colectiva.

Esa dimensión radicalmente relacional y comunicativa de la persona humana -en su propia constitución- la podemos expresar como sigue: “El momento ex-tático de la realidad personal es principal a su momento ens-tático en el sistema que constituye esta realidad personal” (Jiménez Ríos, 2000, p. 24).

Nos descubrimos ligados a las personas –y a las cosas- como algo esencial en nuestro proceso de realización; y ese construir-nos con las-personas-en-el-mundo es lo que queremos indicar al decir que la persona es una realidad respectiva.

Porque los otros y la tierra son necesarios para nuestra realización, decimos que el momento ex-tático (el “estar fuera” de nosotros en-con-por los otros y las cosas) es principal al momento ens-tático (el “estar dentro” de nosotros, en nosotros mismos, en nuestra realización en-por-con los otros y las cosas).

Al decir principal estamos afirmando que se trata de un sistema en el que las dos cosas son a la vez, pero que, de alguna manera, pesa más la relación.

Así, la realización personal está marcada por un profundo dinamismo poético, es decir, se trata de un desbordante proceso creador, en el más hondo sentido de la palabra.

En esta profunda simplicidad podemos entender la riqueza de la solidaridad: se trata de una sobreabundancia comunicativa. Cada persona es radicalmente diversa de cualquier otra persona, y cada persona vale más que el universo entero. Cada persona

constituye una riqueza insustituible para la otra persona.

Estamos en las antípodas del teatro de Artaud, cuyo símbolo es un cuerpo sin órganos, para indicar que la “aparición” de la diversidad de sexos, y con ella el conflicto, constituye el drama original e insuperable que acontece en el presente de las relaciones humanas.

Esta mostración de la persona, que se constituye en un intercambio simbólico con las otras personas, es coherente con una comprensión del dinamismo de la realidad. En el continuo estremecimiento de la realidad en su estar dando de sí, se muestra en la persona el desbordamiento de un más estar dando de sí, como acontecimiento poiético que engrosa el rico caudal de la marcha histórica de la humanidad.

Se trata de una mostración en la que se aprecia el dinamismo abierto de la realidad personal humana en su siempre estar-dando-de-sí, en la tensión de la ilusión entre el conocimiento y el asombro.

La persona se constituye en la fuente radical de toda educación y en la condición de posibilidad de la realización histórica. Desde su relacionalidad constitutiva, expresada en el *rationalis naturae* de la noción clásica, la comunicación, que acontece como intercambio simbólico creador, se constituye en la clave trascendente y trascendental de la realización personal e histórica. La educación, en este sentido, es necesaria, y se hace posible. Una educación que no puede ignorar en ningún momento la dimensión trascendente de la persona humana, que se fragua en la relación educativa.

La persona es realidad en su cuerpo. Nuestro cuerpo es la palabra que nos dice, en cuanto realidad personal humana, en nuestra religación a los otros en el mundo. Nuestro cuerpo constituye la palabra en la que nos decimos en nuestra propia realización. Nuestro cuerpo es nuestra mejor palabra, nuestra palabra por excelencia y la posibilidad misma de toda palabra.

Todo se inscribe en nuestro cuerpo y nuestra libertad. Realidad personal humana es la que camina con los pies en la tierra y la cabeza en el cielo, en el desgarrón poiético de una llamada transfigurante, la llamada de la libertad en la continua entrega de la vida.

La biografía personal y la historia de la humanidad muestran la estructura deseante de la realidad personal humana en el reto gerundial de superación de su propia palabra más allá del límite de la finitud en su realidad corpórea, la finitud de un límite marcada por su realidad tempo-espacial en la evolución del universo.

La gran revolución de nuestros días se muestra en la posibilidad de superación del tiempo-espacio hasta el límite que impone la comprensión actual del universo y, tal vez, la realidad del mismo, gracias a las nuevas tecnologías de la información y la comunicación: la velocidad de la luz.

Una superación del tiempo-espacio que corre paralela a un cambio radical en la memoria de la humanidad: Si antes era casi imposible dejar una marca en la historia, ahora se constituye en una situación dramática velar por la propia intimidad en la entraña personal: la huella digital es prácticamente indeleble y escapa a nuestro control, incluso en su origen y gestación.

2. Lucidez

Pero se trata de una huella aniquiladora. Es una huella sin nombre, y por tanto sin cuerpo: al excluir el cuerpo-cosa, se termina borrando el nombre. No hay verdad, no hay realidad, se desvanece la consistencia, irrumpe la anestesia. En la avalancha digital se entrevé un cuerpo negado. La persona muere en la pureza matemática de un nombre falso, sin cuerpo, sin cosa, sin referencia.

Con una mirada transparente, desde la propia entraña personal, esta superación del tiempo-espacio y esta capacidad de memoria se constituye en una posibilidad desbordante para la realidad personal humana, que se realiza en el intercambio simbólico gerundial y, por tanto, en un horizonte que abre su educabilidad a unos confines deseados, aunque imposibles hace unas décadas.

Sin embargo nos topamos con una negación del cuerpo, y la educación, en un nombre falso por exclusión del cuerpo. La cosa-carne sigue estando negada como consecuencia de un gnosticismo luterano-calvinista aniquilador. El gnosticismo del siglo segundo, que confina la carne a la perdición, reverdece en nuestros días con el hedor de un cuerpo muerto y el rigor de un tener que hacer perfecto y sin sentido. La máscara se impone a la persona y la persona desaparece con su cuerpo y libertad.

En los escritos cristianos del siglo primero y en la batalla de Ireneo en el siglo segundo encontramos el antídoto a la anestesia gnóstica que ha diseminado la historia. En ellos se muestra la realidad personal humana, que en el capítulo segundo del Génesis se constituye en su cuerpo-cosa-espiritual y una comprensión de la realidad divina acorde con un principio ineludible: solo es posible la realidad de un dios a imagen del hombre,

asumiendo el reto de Feuerbach. No es cristiana la negación de la carne, al contrario en esos textos se habla de su resurrección. Más allá del imposible monoteísmo el dios cristiano se muestra en el intercambio simbólico de la diversidad de personas.

Yo soy persona, yo soy mi cuerpo, yo soy cosa personal, yo me constituyo en el gerundio educativo de un intercambio simbólico con las otras personas en el mundo.

Soy persona en mi cuerpo sexuado. La sexualidad constituye la estructura antropológica fundamental, todo nuestro mundo de relaciones personales, que acontecen en el tacto y el con-tacto. Y con Foucault asistimos al desbordamiento de la palabra prohibida y, por ello, omnipresente. Esperamos su mostración en la entraña, de la realidad personal y la realidad histórica, como acontecimiento educativo liberador en un cuerpo espiritual y un nombre nuevo.

3. Lúcida ingenuidad

Sin cuerpo no hay educación:

El cuerpo es en realidad un elemento central de las praxis educativas, hasta el punto de que podemos atrevernos a afirmar que «sin cuerpo no hay educación». En este sentido, no se trata de volver a ofrecer fórmulas cerradas que nos den indicaciones de qué hacer con el cuerpo. Se trata de abrir puertas y ventanas a las posibilidades de hacer con el cuerpo, hacer desde el cuerpo, hacer al cuerpo, aprender el cuerpo, aprehender el cuerpo, aprender desde el cuerpo y aprender con el cuerpo. (Romero-Pérez *et al.*, 2022, p. 21)

Sin cuerpo no hay educación porque sin cuerpo no hay cosa personal, no hay realidad personal humana.

La cosa corporal, como síntesis total de materia y espíritu, “se convierte en punto de partida de la reapropiación de uno mismo, de todos los agentes, de sus prácticas y de sus representaciones” (Romero-Pérez *et al.*, 2022, p. 21). La reapropiación de sí es un acontecimiento simbólico: “nos vincula expresamente con los demás en el marco de lo colectivo más profundo. Se trata de una suerte de inmanencia trascendente de la corporalidad” (Romero-Pérez *et al.*, 2022, p. 21).

La cosa corporal está en lo que está y, por estar, se desborda a sí misma. “El cuerpo-cosa necesita de lo otro, de los otros, para transformarse y para constituirse” (Romero-Pérez *et al.*, 2022, p. 18). Se recupera un elemento antropológico esencial en la experiencia

educativa:

Lo que habita en los espacios y los tiempos, el espacio y el tiempo mismo, plantas, animales, piedras, pero especialmente el cuerpo humano, es inmanencia matérica y proyección simbólica. Más allá de la piel, más allá de la mera circulación osmótica, el cuerpo es entendido como limes de trascendencia. Solo en esta concepción trascendente del cuerpo como cosa, al margen de su digitalización, podremos hablar con consistencia de la proyección y la gestión de las emociones, de la compasión, de los anclajes históricos e institucionales y de referentes semánticos para la proyección crítica del estudio y el aprendizaje. (Romero-Pérez *et al.*, 2022, p. 18)

Cuerpo espiritual y nombre nuevo, cuerpo espiritual en nombre nuevo y nombre nuevo en cuerpo espiritual. Esta inmanencia trascendente hace posible la apropiación creativa de valores que constituye la educación en el gerundio temporal de la realización personal e histórica.

4. Bibliografía

- Jiménez-Ríos, F.J. (2000). Memoria poética. La potencia histórica de una imperceptible revolución teológica. *Studia Anselmiana*, 129, 23-52.
- Romero-Pérez, Cl., Esteban-Ortega, J. y Planella-Ribera, J. (2022). El cuerpo y las cosas en educación. En: *XL Seminario Interuniversitario de Teoría de la Educación. Pedagogía de las cosas* (pp. 1-35). Salamanca: Universidad de Salamanca.